

El Problema feminista

II

Observamos, entretanto, como su útil recapitulación, que el feminismo ha preludeado y acompañado siempre a las crisis sangrientas con que acaban las civilizaciones.

Así, en la civilización griega, en la romana, en la feudal de la primera edad media, en la comunal que la sucedió, en la monárquica, finalizada con la Revolución Francesa.

La ley es constante, como se ve, para el mundo grecolatino, y se repite con progresiva frecuencia, porque la aceleración de los ciclos históricos es una consecuencia del progreso general. Así, nuestra sociedad vuelve a encontrarse en el mismo estado que la sociedad de la Revolución.

Esa constancia del fenómeno, es significativo y comporta una prueba de suyo, hasta que la contraprueba la convierta en demostración.

Los éxitos de la civilización que los pueblos disfrutaban en la prosperidad y en la paz de las ideas, coinciden a su vez con el estado exclusivamente doméstico de la mujer.

La Madre de familia, que no es tan sólo la productora de sus hijos, sino principalmente la formadora de hombres, resulta en efecto, el elemento más importante de la sociedad y de la civilización.

Más importante que el hombre, porque sin ella no hay hogar ni patria; tampoco existe para ella, ni es posible que exista condición más alta sobre la tierra.

De aquí que su permanencia en ella, caracteriza las civilizaciones felices; aquellas en que el

miedo de la vida insegura no suprime el goce superior, la heroica plenitud de las posteridades numerosas.

Así, cuando las civilizaciones son más robustas y más amables, cuando aseguran a todas con mayor eficacia el escanto y la utilidad de la vida, la mujer hállase reclusa en el gineceo griego, en la casa romana, en el castillo medioeval, en el inviolable domicilio hidalgo. Allí, como la semilla oculta, está renovando la patria que así viene a constituir una emanación de su ser, pues en su seno fecundo y en su cosecha, fórmanse los héroes, los trabajadores, los pensadores que engrandecen y que ilustran la patria.

Ocupada como las plantas nobles, de florecer y de fructificar, cualquiera obra misión resultaría inferior y absurda. Por esto, ella misma la prefiere y busca, y se enorgullece de estar colocada así, mientras no la perturba el desorden de próximas catástrofes.

Qué entonces, cuando en vez de su libertad femenina equivalente a un reino, el reino del hogar, donde tiene como todo soberano el deber, dijéramos constitucional de la residencia; cuando en vez de esto, quiere la libertad del hombre, abdica y así cae de su majestad natural en una condición ajena, su destino conviértese en esta triple fatalidad; o la mala madre, ese monstruo; o la solterona, esa víctima lamentable; o la cortesana, esa almaña venenosa.